

Una mañana de bricolaje

Joan Altimiras

Ingrid no podía soportar el ruido que hacía el **taladro**. Por esto, cuando Manuel empezó a prepararse para una horrible mañana de bricolaje, decidió que era el momento **oportuno** de salir a comprar el periódico y un poco de pan para el **desayuno**. Habían discutido toda la tarde anterior por el dichoso **mueble** que Manuel se empeñó en comprar.

-¡Es horroroso! –le había dicho Ingrid y él **se** enrojeció de cólera y se puso a gritar como siempre. Ingrid cedió. Demasiadas discusiones, demasiados golpes, últimamente. Desde entonces no se hablaban y ella intentaba evitarlo, con el miedo metido en el cuerpo.

Ya en la calle, las lágrimas asomaron y se deslizaron en un lento y precavido recorrido a través de sus mejillas y le obligaron a buscar el **pañuelo**. Eran lágrimas que venían de lejos, ajenas al conflicto que provocó la fealdad inexorable del mueble. Eran lágrimas de desesperación acumulada en estratos, desde un mes después de la boda, casi a la vuelta del espejismo del viaje de novios.

Mientras se dirigía al kiosco, la cabeza empezó a darle vueltas, sus pasos se volvieron inseguros, empezó a trastabillar, mientras los contornos de los altos edificios de barrio humilde se desdibujaban, **en un movimiento** nebuloso de vaivén.

La había invadido un súbito pavor, cuando la imagen del taladro se le presentó como un arma amenazante, en manos de un Manuel desquiciado, fuera de sí. Como nunca lo había visto, ni cuando volvió después de aquella terrible borrachera y ella no quería acceder a sus deseos. El ruido insistente, amenazante del taladro retumbaba en su cabeza, mientras veía acercarse la broca girando a toda velocidad hacia su cara. Llegó a sentir la fuerte mano de él apretándole el cuello contra la pared para que no pudiera esquivar la acometida.

Tuvo que parar y apoyarse en un edificio, hasta que cesó la asfixia. Decidió retrasar la vuelta a casa, y leer el periódico en el bar de la esquina mientras tomaba un **bocado** y un café bien **cargado**. Permaneció un buen rato apoyada en la sucia pared, espiando de reojo los edificios, hasta comprobar que ya no se movían.

Cuando, ya **recuperada**, se dirigió a la cafetería, la blusa de **seda** que se había puesto para salir estaba **empapada**, como el camisón cuando se despertaba de una pesadilla.

Entró en el bar, aún poco concurrido, lo que agradeció, e intentó calmarse leyendo con parsimonia el periódico.

Cuando volvió a casa, encontró a Manuel, en el suelo, en medio de un charco de sangre. Lo que veía, paralizada en el umbral de la habitación, se le antojó **fantasmal**, irreal, como una imagen borrosa rescatada de una pesadilla: la radio **portátil**, que le había regalado por su aniversario, a todo volumen, la silla caída, el taladro **clavado** a la izquierda del esternón, la sangre saliendo aún a borbotones.

Comentario [??1]: no hace falta el "se"

Comentario [??2]:

El terror le había **clavado** los pies en el suelo, la tenía paralizada, mientras su mirada, entre inquieta y aliviada, estaba fija en la imagen **rutilante** de la broca, victoriosa, justiciera, ajena a todo, mientras Ingrid empezó, sin éxito, a pensar en lo que se suponía que debía hacer.

Después del entierro, mientras recorría envuelta de soledad el **camino** de vuelta a casa, sintió que el mundo se le echaba encima. No sería capaz de seguir, de enfrentarse a esta mierda de vida sin él.

COMENTARIO:

En el breve cuento de Joan hay una serie de elementos muy bien propuestos acerca de la conflictiva relación que viven Ingrid y Manuel, el temor de ésta frente a los abusos de él. Su lenguaje es contenido y ha sorteado bastante bien elementos melodramáticos y excesivos que hubieran dado por tierra con la historia. Dada la brevedad del cuento, nos parece plenamente lograda la idea, aunque quizá se explicita muy pronto, con lo cual el cuento parece ya encarrilado y sobrepuesta su línea argumental desde el inicio. Eso significa que el lector pierde la atención pues no hay mucho más que descubrir respecto al fondo (el maltrato) de la historia. Nada que no se pueda solucionar, por ejemplo, empezando la historia no por el principio sino por la mitad de la misma, de tal manera que los lectores vayamos averiguando qué es lo que ocurre. Por ejemplo «Tuvo que parar y apoyarse en un edificio, hasta que cesó la asfixia. Decidió retrasar la vuelta a casa, y leer el periódico en el bar de la esquina mientras tomaba un **bocado** y un café bien cargado.» Y empezar desde allí. Es cierto que tendríamos que variar el orden de las palabras dadas, pero creemos que queda claro que lo que proponemos es más bien de índole estructural.

Y aunque la idea del taladro y la misteriosa muerte de Manuel nos parece una inteligente apertura para lo fantástico, quizá podría resolverse un poco más, es decir, acentuar la sensación de que la muerte de Manuel obedece a una causa *oscura e innominada*, a un elemento de naturaleza sobrenatural. Allí, en ese punto está el quid de la cuestión: el núcleo de la historia que podría ir anticipándose desde las primeras líneas, la insinuación de que hay algo (nunca explícito) que se escapa a las coordenadas naturales y que acecha a Manuel, a Ingrid, o a ambos: la casa, el taladro, un sueño previo y premonitorio de ella... creemos que es un texto bastante rescatable y que con trabajo mejorará lo suficiente.